

LA GRAN FRACTURA BIOÉTICA SEGÚN RATZINGER

THE MAJOR BREAK IN BIOETHICS ACCORDING TO RATZINGER

A GRANDE FRATURA BIOÉTICA SEGUNDO RATZINGER

Emilio García-Sánchez¹

RESUMEN

En la disciplina bioética, los años sesenta y setenta del siglo XX constituyen un punto de inflexión de grandes consecuencias para la vida humana y su dignidad. Por primera vez en la historia de la humanidad se efectúa técnicamente y de modo programado una doble separación: la sexualidad de la procreación, y la reproducción de la sexualidad. Fabrican artefactos que impiden la fecundación e interceptan lo fecundado. Diseñan técnicas capaces de generar vidas humanas en laboratorios. Acontecimientos que van a configurar lo que algunos denominan la gran fractura bioética. Este artículo ofrece una investigación bioética elaborada a partir de los escritos de Joseph Ratzinger. De ellos se extrae una profunda reflexión acerca de la transformación ideológica que tal escisión ha provocado. Se concluye con Ratzinger que los efectos ocasionados de mayor gravedad se concentran en deshumanizar la sexualidad y en banalizar el amor procreativo conyugal.

PALABRAS CLAVE: sexualidad, fertilización in vitro, aborto, reproducción, bioética. (Fuente: DeCS, BIREME).

ABSTRACT

In the discipline of bioethics, the 1960s and the 1970s constitute a turning point of great consequence to human life and dignity. Never before in the history of mankind had there been such a technical and planned double separation: sexuality from procreation and reproduction from sexuality. Devices are manufactured to prevent fertilization and to intercept the fertilized. Techniques capable of generating human life in laboratories are being designed. These events will shape what some call the major break in bioethics. This article offers bioethical research based on the writings of Joseph Ratzinger. The author draws from them a deep reflection on the ideological transformation that schism has provoked, agreeing with Ratzinger in that the most serious effects center on dehumanizing sexuality and trivializing procreative conjugal love.

KEY WORDS: Sexuality, fertilization in vitro, abortion, reproduction, bioethics. (Source: DeCS, BIREME).

PARA CITAR ESTE ARTÍCULO / TO REFERENCE THIS ARTICLE / PARA CITAR ESTE ARTIGO

García Sánchez, E. (2013). La gran fractura bioética según Ratzinger. *Persona y bioética*. Vol. 17, No. 2, —.

1 Docente de Bioética en Ciencias de la Salud, Universidad CEU Cardenal Herrera, España. emilio.garcia@uch.ceu.es

FECHA DE RECEPCIÓN: 2013-06-27

FECHA DE ENVÍO A PARES: 2013-07-10

FECHA DE APROBACIÓN POR PARES: 2013-10-24

FECHA DE ACEPTACIÓN: 2013-10-24

RESUMO

Na disciplina bioética, os anos 60 e 70 do século xx constituem em um ponto de inflexão de grandes consequências para a vida humana e sua dignidade. Por primeira vez na história da humanidade, efetua-se tecnicamente e de modo programado uma dupla separação: a sexualidade da procriação, e a reprodução da sexualidade. Fabricam artefatos que impedem a fecundação e interceptam o fecundado. Desenham técnicas capazes de gerar vidas humanas em laboratórios. Acontecimentos que configurarão o que alguns denominam a grande fratura bioética. Neste artigo, ofereço uma pesquisa bioética elaborada a partir dos escritos de Joseph Ratzinger. Deles, extraio uma profunda reflexão sobre a transformação ideológica que essa excisão tem provocado. Concluo com Ratzinger que os efeitos ocasionados de maior gravidade se concentram em desumanizar a sexualidade e em banalizar o amor procriativo conjugal.

PALAVRAS-CHAVE: sexualidade, fertilização in vitro, aborto, reprodução, bioética. (Fonte: DeCS, BIREME).

INTRODUCCIÓN

A lo largo del siglo XX, la ciencia y la tecnología han evolucionado velozmente generando sustanciosas ventajas para la humanidad. Pero paralelamente y en poco tiempo, se ha ido desvelando la cara oculta de ese revolucionario y moderno progreso. Luces y sombras, incontables beneficios, incontables daños. La causa de la ambivalencia: retirar la ética del quehacer científico y asignársela al poder técnico. Un nuevo canto de sirenas empieza a oírse por el ancho mundo tecnologizado: el solo progreso por el progreso, el sugestivo *poder hacer* como justificante de cualquier acción sobre la naturaleza y la vida humana. Resultados: negativos impactos en el medioambiente y graves perjuicios sobre la dignidad humana.

La omisión de una brújula ética, relegada ahora en el olvido, ha difuminado los límites éticos elementales reconocidos de siempre en el quehacer científico. Y los artífices de esta crisis están localizados: el positivismo científico y relativismo ético. Inocularon paulatinamente sus códigos antimetafísicos en el saber científico, promoviendo la orfandad ética en el conocimiento, y la obturación de la naturaleza humana como fuente moral. A esta ciencia desnortada éticamente, pronto se le sumaría un nuevo descontrol: el sexual. No sin la colaboración científica y técnica, la crisis moral creciente apuntó a la dimensión sexual como a su nueva diana. El objetivo: separar la sexualidad de la procreación de un modo eficaz y rápido. Propugnaba una mentalidad antiprocreativa que coreaba un sugestivo grito: sexualidad a discreción y sin consecuencias.

Y en medio del avance de tal revolución sexual – años 60- , al poco tiempo, la ciencia sorprendería al mundo con una espectacular noticia: el nacimiento de la primera

niña probeta en 1978, *Louis Joy Brown*. Por primera vez en la historia de la evolución y de la humanidad, se satisfizo el más profundo deseo prometeico de la ciencia y del hombre: producir otros hombres artificialmente, fecundando extracorpóreamente óvulos con espermatozoides humanos. Por fin, de modo inaudito, ya no era necesaria la fertilidad para engendrar hijos: el hombre podía crearse así mismo. Procedimiento técnico conocido como fecundación *in vitro* que conformará el segundo escenario que contribuirá a la instauración final de la gran fractura bioética.

Las dos prácticas expuestas se encuentran extendidas conjuntamente en la sociedad: sexualidad a toda costa sin hijos evitando la fecundidad, y posteriormente, hijos a toda costa sin sexualidad (1, 2) cuando ya no hay fertilidad. La viabilidad de tales deseos está condicionada por un puntero diseño de instrumentos en el que intervienen científicos, técnicos, personal biosanitario, etc. A día de hoy, los productos resultantes de ese innovador mercado sexual y reproductivo se encuentran ampliamente difundidos y de fácil acceso: anticonceptivos, abortos, píldoras, y clínicas de fecundación *in vitro* o reproducción asistida.

En este trabajo, me propongo dar a conocer el análisis bioético que *Joseph Ratzinger* ha elaborado sobre la gravedad inscrita en esta doble escisión entre la sexualidad y la procreación. Ofrezco una investigación pormenorizada del pensamiento *ratzingeriano* indicando las causas y las consecuencias de esa fractura ética y moral. A través de sus escritos previos a su pontificado, pongo de relieve el daño causado a la naturaleza humana, así como la modificación operada sobre el significado mismo de la sexualidad. Finalmente, describo a lo largo de estas

líneas la permanente agresión que ha quedado abierta sobre la dignidad de la vida humana.

LA PRIMERA GRIETA: SEXUALIDAD SIN PROCREACIÓN

En este apartado propongo un recorrido exploratorio que viaje a la raíz de la primera de las escisiones – sexualidad sin procreación- y al origen de su más grave consecuencia: el aborto provocado. Resulta luminoso observar como *Ratzinger* en sus escritos, asocia esta crisis antropológica y ética a una intencionada de-construcción del significado de la sexualidad humana y del amor conyugal. El resultado final: negar la dignidad y la vida del no nacido.

Rumbo a la deshumanización sexual

El proceso moderno ilustrado persiguió, entre sus objetivos, pulverizar la naturaleza humana para no mantenerla por más tiempo como fuente de moralidad. La transformación ideológica que venía operándose sobre el concepto naturaleza, aspiraba penetrar en nuevos frentes y seguir propalando sus preceptos: expansión ilimitada de una libertad sin responsabilidad – libertinaje- y la absolutización de la autonomía (3)². Tocaba el turno a otras de las características identitarias del ser humano aún no afectadas directamente: su dimensión corporal sexual. La sexualidad humana aparecía como un nuevo hito inalterado, un excitante punto de ataque en este proceso desnaturalizador del hombre. El objetivo: desarraigar la sexualidad de la naturaleza humana

2 Señala Ratzinger que será con *J.-Sartre* cuando se alcance la posición desteleologizante de la naturaleza humana más radical de todas: “El hombre no tiene naturaleza...el ser del hombre se halla indeterminado. Es una cuestión sin resolver. Yo mismo he de decidir qué es lo que entiendo por el ser del hombre. El hombre no tiene naturaleza, sino únicamente libertad”(3)

a la que pertenece, separarla de ella para invertir los fines de su auténtico sentido. Re-significarla, es decir, deshumanizarla.

La efectuada independencia transformó el sexo en algo funcional que podía ser “intercambiable” (2) a gusto de la voluntad y de los sentimientos. Un expreso interés buscaba desvincular intencionadamente la sexualidad del matrimonio y de la procreación. Porque de este modo, se alcanzarían dos de los efectos prácticos más anhelados: el permisivismo sexual multiforme o la arbitrariedad en la elección del uso y en la forma de ejercer la sexualidad, y por otra parte, la intercepción en las consecuencias de esa promiscuidad. La consecución de este último efecto se lograría a través de dos vías bien definidas: la contracepción y el aborto provocado. Quedaban así formalizados los medios para que un número importante de personas pudiera acceder a estas prácticas. A la vez, muchos países empezaban a amparar legalmente, y a garantizar socialmente la prestación de tales servicios demandados (1).

Cabe destacar que en este proceso de deshumanización sexual, el cientificismo neo-evolucionista jugó un papel decisivo, lanzando el primero de los dardos. Fijó el blanco en reducir la persona humana a pura biología para después encerrar la sexualidad –y concretamente el acto sexual procreativo- en un simple proceso fisiológico y genital. Tal reducción contranatural, acabaría por considerar lo corporal sexual del varón y de la mujer como un elemento extrínseco o yuxtapuesto a su naturaleza. Lo sexual debía entonces actuar como un mecanismo conectado desde fuera y modificable autónomamente por el usuario o consumidor. El acusado dualismo materialista agravaba el daño sobre el significado humano de la sexualidad porque como asegura *Ratzinger* “la sexualidad

quedaba despersonalizada e instrumentalizada” (4)³. Si resultaba ser accesoria y circunstancial al hombre, era un preludio de lo que pronto acabaría induciéndose: el paso del cuerpo-persona a cuerpo-objeto (5)⁴. Configurada así la sexualidad, tanto la persona como su inseparable corporalidad sexuada, adquirirían la consideración de mercancía: “quedando confinada la sexualidad al mundo de los objetos” (6).

En definitiva, el materialismo en alza se vio simultáneamente reforzado por un liberalismo radical, que acabó conquistando todas las esferas de la vida humana, también la sexual. En aras de la autonomía personal, se apropió de la toma de decisiones sobre qué hacer con la sexualidad y sus consecuencias. Reclamaba una emancipación y rebeldía sexual sin condicionamientos. De tal modo, que a partir de ahora, el individuo aisladamente – uno mismo-, quedaba designado como el único punto de referencia posible del sexo (1). Personalmente, cada uno debía ir eligiendo en el tiempo su modo particular de satisfacer su sexualidad, sin atarse a compromisos sobre su uso, y sin necesidad de ajustarse a la especificidad sexual dada por su naturaleza.

La rebelión femenina: no queremos ser madres

El imaginario colectivo sexual influyó decisivamente en la autopercepción que la mujer debía tener sobre su

sexualidad y su potencial maternidad. Paralelamente, en esos años cristalizó, un sector crítico feminista que, sumado a las incipientes políticas antinatalistas, conformó una plataforma promotora de una mentalidad pro-aborto. No era sólo la liberalización sexual de la mujer lo que reivindicaban, sino que unida a ella, exigían igualdad respecto al hombre también en las funciones procreativas. En este contexto, remarca *Ratzinger* respecto al significado de la sexualidad que “si todo se reduce a cumplir un papel y se ignora el específico carácter natural inscrito en lo profundo del ser, también la maternidad es una simple función casual” (1).

Por otra parte, el creciente carácter competitivo laboral, situaba profesionalmente a la *mujer madre* en clara desventaja respecto al hombre. Constituía otro elemento social que contribuyó negativamente a esa distorsión que estaba operándose sobre la sexualidad de la mujer. Una sociedad entregada alocadamente a dar culto a la eficacia, presionaba a la mujer a no tener reparo en emanciparse de sus potencialidades maternas pero, como algunas defendían, sin renunciar al uso libre de la sexualidad. La aspiración de la mujer profesional a altas cotas de productividad en un mercado dominado por hombres, le ha llevado a establecer una relación cada vez más competitiva con ellos, con los que no puede dejar de equipararse (6).

La lógica del mercado, avocada al resultado y beneficio constantes, hace depender de ellos la retribución económica. Y la mujer que supeditada a esta dinámica economicista decida libremente ser madre, contempla comparativamente con los hombres, cómo se ven frustradas injustamente sus posibilidades de efectividad y de crecimiento por tener que atender a esa maternidad. Ante esta situación, la rebelión feminista genera un am-

3 Son palabras que forman parte del discurso que pronunció *Ratzinger* siendo Cardenal Prefecto de la Doctrina de la Fe y que dirigió ante el Consistorio Extraordinario de Cardenales, acerca del tema de la vida. Tuvo lugar en Roma entre el 4 y el 7 de abril de 1991 (4).

4 Algunas de estas ideas están recogidas en la Introducción que el Cardenal *Ratzinger* hizo a la Instrucción *Donum Vitae, Sobre el respeto de la vida humana naciente y la dignidad de la procreación* (5).

biente hostil que en su manifestación más radical acaba no sólo “(...) orientando a la mujer a odiar a los varones, sino también a odiarse a sí misma y la propia feminidad, sobre todo, su propia maternidad” (4).

Ante tal dominio de desigualdad, parece razonable la reacción feminista de no querer que se instrumentalice a la mujer o se la minusvalore profesionalmente. Resulta justo e indiscutible, que la mujer exija el ejercicio libre de su profesión en lugares en donde esté garantizada su reputación, su crecimiento y su régimen de vida especialmente cuando sea madre con hijos. Sin duda alguna, las mujeres deberían recibir un mayor apoyo institucional, administrativo, y social para que puedan compatibilizar de forma equilibrada su vida laboral y una maternidad plena.

Por tanto, si no se pone remedio y se transforma ese contexto influenciado por el propio mercado y la cultura, la maternidad fecunda seguirá contemplándose como una desventaja y una traba competitiva. Por ello, resulta urgente articular las condiciones sociolaborales para que la mujer no se vea presionada a renunciar a su maternidad o a tener que retrasarla largo tiempo, con los consiguientes problemas de infertilidad que suelen acompañar ese retraso.

En cualquier caso, y sin menospreciar las situaciones de marginación a las que se somete a la mujer, existe un peligro mayor para ella: claudicar y acabar rindiéndose junto con el hombre a esa cultura de la eficiencia, utilitarista e incluso hedonista. Porque si a esta rendición, se sumara la malinterpretada liberalización de su cuerpo sexuado, el resultado final no sería otro que la oclusión drástica de las características esenciales que pertenecen a su feminidad corporal, a su específico modo de ser

humano: “Cuando la mujer reniega del propio cuerpo, considerándolo como un mero objeto al servicio de una estrategia de conquista de la felicidad mediante la realización de sí misma, reniega también de su feminidad, de la forma propiamente femenina de la entrega personal y de la acogida del otro, cuya señal más típica y su realización más concreta es la maternidad” (4).

Renunciar a sobrellevar ese altísimo valor creador de su corporalidad femenina, conduciría en complicidad con el hombre, a la drástica separación entre sexualidad y procreación. Y al amparo de tal escisión, se consentiría mutuamente en la práctica de la anticoncepción, la ligadura de trompas, o en el peor de los casos, el aborto provocado de hijos no deseados o circunstancialmente problemáticos.

Tener un hijo: una amenaza de la libertad y del confort T2
A la cultura de la eficiencia y del éxito, promotora de una exagerada y desenfocada autorrealización personal, se incorporarán los valores del bienestar y de la calidad de vida. La dependencia cada vez más obsesiva de estos bienes, genera en la sociedad una inquietud creciente por perderlos o disminuirlos. En este contexto, la aparición de un tercero – un hijo- constituye una intrusión molesta en esa escala vital o valorativa prefijada. El hijo concebido pasa a contemplarse como un competidor de una malentendida libertad individual que queda inevitablemente comprometida. El proyecto personal se ve amenazado por la presencia – quizá inesperada- de un hijo del que habría que hacerse cargo.

En esta situación, algunos asumirían como legítimo, implorar una libertad en forma de derecho a no querer ser padres en determinadas circunstancias económicas, laborales, familiares, afectivas, etc. Exigen verse libres para decidir no continuar con el embarazo en situaciones

problemáticas. Reclaman el respeto a su privada decisión de no querer ver alterado su estatus de confort físico y económico, que tanto les ha costado alcanzar. Pero el resultado no puede ser más desconcertante, porque tal condicionamiento sacraliza la libertad y el derecho de los padres. A cambio, se suprime la libertad del no nacido, que indefenso y sin voz, vería conculcado el primero de sus derechos: el derecho a la vida (3,7). Protesta *Ratzinger* preguntándose en qué listado de derechos humanos se puede incluir aquellos – que en aras de la libertad que no es libertad- “vayan en detrimento de la vida de un ser humano inocente” (8).

Como se puede deducir de este panorama, la fecundidad deja de celebrarse como una buena noticia. En el nuevo estado del bienestar se ha adjudicado un valor absoluto a la calidad de vida (8), que no siempre se está dispuesto a sacrificar por un hijo. Poco queda de la consideración del hijo como un obsequio a la entrega amorosa de los cónyuges.

Ratzinger arremete contra esta doble visión liberal y utilitarista que termina por condicionar la bondad misma de la vida humana. Protesta contra ese punto de vista racionalista y calculador incorporado a la decisión de querer un hijo. Critica que se haya convertido en una decisión filtrada por una lógica en donde nada ha de quedar a la incertidumbre o a la casualidad. Según *Ratzinger* el eslogan o principio de decisión vendría a ser este: “el niño por supuesto, pero cuando y como yo lo quiera” (4). La sorpresa de un hijo está previamente descartada, inadmisibile cuando puede convertirse en una carga que haga que “mi espacio vital peligre” (2). Por este motivo, no hay lugar a imprevistos, ejerciéndose el poder técnico que controle su aparición. Y si la técnica falla, si con la barrera física de la anticoncepción

hubiera una fecundación inesperada “siempre quedará el aborto como solución de reserva” (4).

Quedará la penosa alternativa de disponer de él, disponer de su vida para si se desea eliminarla por aborto. Aunque sea drástico, advierte *Ratzinger* que en este escenario el hijo fecundado representa al malo de la película, un inoportuno alterador, el fallo de un guion previamente calculado (2).

Cuando el embrión/feto se convierte en un problema sentimental

Los datos científicos acerca del origen de la vida humana se presentan cada vez más evidentes. En estos momentos existe un acuerdo unánime en aceptar que, desde el punto de vista biológico, existe un ser humano en el momento de la fecundación. El olvido de esta obviedad biológica conduce inexorablemente al olvido del inicial fundamento del derecho a la vida. La confirmación de la existencia individual del embrión, su carácter único e irreplicable – incluso genéticamente- constata un hecho biológico no psíquico. Lo afirma *Ratzinger* citando a *Guardini*, cuando dice que la vida humana – ser persona- no es una realidad de carácter psicológico sino existencial; no depende de la edad ni de la consciencia. Depende en un primer nivel de existir y existe como persona desde el comienzo, ya en el embrión (8, 14). Por tanto, el problema inicial del aborto se encuentra en no querer ver – así físicamente- que “el concebido es ya un individuo, un hombre...una persona distinta de la madre” (2), alguien que posee valor en sí mismo y que merece un respeto incondicional.

En la cultura dominante – particularmente psicologizada y emotivista- se ha producido una creciente hipertrofia

de las apariencias y de las emociones. Algunos llegan a atenuar la inmoralidad del aborto por la incapacidad de sentir física y emocionalmente el rostro oculto de un ser humano en gestación. Se pretende aplicar al embrión el conocimiento por certeza sensitiva que aplico a otras muchas realidades que circundan al hombre. De algún modo, exigen que el conocimiento humano más básico sea siempre imaginable y experiencial, que se pueda conocer por los sentidos como condición de validez. Pero esta evidencia visual y tangible buscada en las cosas como requisito de su existencia, no puede ser igualmente aplicable a los estados embrionarios por los que pasa la vida humana. Algunos de ellos resultan casi imperceptibles en sus fases más iniciales, y por tanto difícilmente imaginables. No es exigible sentir afectivamente lo mismo por un embrión desplazándose por las trompas de *Falopio* que por un bebé recién nacido en brazos de su madre, un bebé al que puedo oír, llorar, oler, tocar etc... en definitiva, al que puedo verle la cara. Nunca podrán ser equiparables la experiencia afectiva en uno y en otro caso.

Es por este motivo, por lo que, algunos que no tendrían reparos en aceptar el aborto, se oponen en cambio y de modo rotundo al infanticidio de bebés con graves discapacidades. Pero igualmente, la razón mayor de esta oposición es frágil dado que no escapa a lo sentimental. En este caso, el poder visualizar el rostro y los ojos del ser humano *bebé* conmueve más porque podría sentir o imaginar de un modo más impactante el sufrimiento que se le ocasionaría al eliminarlo.

En este contexto emotivista cabe destacar cómo, la moderna tecnología abortiva, ha procurado mejorar su imagen aumentando sus niveles de asepsia, cuidado y perfección técnica. Porque, aunque no lo parezca, el

ambiente intencionadamente cristalino y puro de una clínica abortista actual, atenúa emotivamente la culpabilidad que pudiera generarse por el consentimiento en el aborto. Sobre este efectismo concluye *Ratzinger* que a la postre: “todo sucede en el silencio de un quirófano que al menos garantiza las condiciones para una cierta seguridad en la intervención” (8) y en donde la madre permanece completamente dormida, narcotizada su conciencia.

Se puede observar una última vinculación entre emociones y aborto en el uso – ya extendido- de las píldoras con función abortiva. En este caso, la psicología humana vuelve a jugar un papel decisivo aunque engañoso. Tragarse una píldora produce un efecto emotivo menos inofensivo – o más inocente- que entrar por tu propio pie en un quirófano, aunque el resultado final buscado sea idéntico: provocar el aborto del concebido. Como dice el refrán: *ojos que no ven, corazón que no siente*. Cambia el escenario pero no la intención. Aquí *Ratzinger* apunta a la gravedad de este comportamiento preguntándose que: “¿Quién puede calcular el número de víctimas de esta hecatombe oculta?” (4).

La amenaza emotivista actual no se encuentra en que los sentimientos humanos sean despreciables porque no lo son, sino en enjuiciar que el daño ocasionado por la comisión de un acto deba ser proporcional a la reacción sentimental que provoca o a la dimensión física de lo dañado. Y desde el punto de vista sentimental, al menos inicialmente, no provoca una especial repulsión eliminar una vida a la que no se ve ni se oye morir. Pero el peligro se haya en terminar aceptando, de modo indoloro, que al ser tan diminuta o imperceptible la realidad humana que se elimina en un aborto, el homicidio debería ser también de un tamaño menor o incluso no imputable.

Ante tal aberración jurídica protesta *Ratzinger* asegurando que: “no hay homicidios pequeños: el respeto a toda vida humana es condición indispensable para que pueda existir una vida social digna de ese nombre” (8). La extensión social de esa mentalidad acabaría por cegar también la dignidad presente en otros casos, negando que la vida sea un bien en sí mismo independiente de las características o fase de desarrollo.

La dignidad humana y el derecho a la vida, no pueden depender de si en el momento de tomar la decisión existe una vinculación más o menos física y afectiva con el sujeto en cuestión. Los sentimientos no dicen nada acerca de si existe o no vida humana, ni pueden arbitrar el definitivo reconocimiento que se ha conceder a la dignidad de cada hombre. Depender de los afectos resulta extremadamente temerario e inapropiado para decidir quién debe vivir. Además, hay que tener en cuenta, que la conciencia va quedando insensibilizada – deformada- con la reiteración de actos intrínsecamente malos, justificados como buenos en virtud de unos sentimientos de naturaleza efímera y fugaz. Necesitamos algo no volátil y seguro que reconozca incondicionalmente la vida humana al margen de las emociones.

Permitir la vida o provocar la muerte: una decisión moral

La decisión final de que siga viviendo o no el hijo concebido es una decisión inevitablemente moral que no puede recluirse en una cómoda neutralidad. La determinación de abortar o no, define hondamente la dignidad del que la toma, le dice quién es realmente: “la mirada con que me ocupo del otro decidirá sobre mi humanidad” (8). Es una decisión profunda, secreta, carente de ambigüedades y que reclama asumir con sinceridad las consecuencias.

Sin duda alguna, en el caso de plantearse, consiste en la decisión más embarazosa que habría de tomar una mujer y su familia.

Sin pretextos, no cabe más elección que querer mirar o no mirar el rostro del otro, en este caso del concebido que ya existe. Una mirada que debería traspasar las apariencias físicas e ir más allá del dictado de los sentimientos. La disyuntiva no puede ser más ineludible: dejarse provocar o no por el hecho en sí mismo de la existencia de una vida humana que reclama la libertad individual. Compartir o no la propia libertad con un nuevo ser humano que está vivo. Por tanto, dos caminos antagónicos se presentan, uno abierto a la vida y otro cerrado.

El primero de ellos, consiste en salir de sí mismo, queriendo libremente dar espacio al otro permitiendo su existencia. Pero esta opción, impone una inexcusable cláusula: aceptar incondicionalmente vivir la libertad no desde la competencia y el confort sino desde la reciprocidad y la coexistencia. Asumir que ese ser humano concebido y que puede plantear un conflicto de intereses, de momento, sólo puede subsistir en *relación con* el ser de la madre: dos cuerpos unidos físicamente aunque cada uno mantenga su alteridad. Se trata de una coexistencia corporal, un “*ser-con*” (3) y a partir del otro, un *ser-con* la madre y a partir de ella. Señala *Ratzinger* que es justamente en esta coexistencia donde queda sellado lo auténticamente humano: “En el niño que se encuentra en el seno materno se nos da a conocer de manera sumamente intuitiva la esencia de la existencia humana en su totalidad: porque también es característica del adulto el ser con el otro y a partir de él” (3). Dicho de otro modo, la clave de la existencia humana, e incluso de la supervivencia resulta ser la coexistencia. Al acoger a la vida humana – a todas las vidas- se abraza

a un bien protegible que predispone a una solidaridad cívica cada vez mayor. Aceptar en primer lugar y siempre a todo concebido amplifica la benevolencia hacia al resto de hombres, fortaleciendo así lo esencial de la relacionalidad humana.

Por el contrario, el camino cerrado a la vida naciente no puede más que decidir definitivamente “cerrar nuestro corazón e incluso llegar a afirmar que jamás ha existido” (8). Es una posición extrema que reclama una libertad por encima del derecho a la vida del otro, convirtiendo así al aborto en un derecho de la libertad humana (9).

La acogida al otro como fruto de la donación amorosa entre varón y mujer

La extensión de una mentalidad antiprocreativa esconde una simultánea deformación de la relación conyugal entre varón y mujer. Subyace una alteración en la comprensión de la misma donación amorosa que ha de darse entre ellos. De este manera, el matrimonio, nicho natural donde la sexualidad adquiere su mayor grandeza y dignidad humana (6), ha visto tambaleados sus pilares. Sostiene *Ratzinger* que la gramática sexual matrimonial, regida por un orden natural, se ha invertido y manipulado al aceptarse versiones de lo que no es el matrimonio verdadero, dañando de este modo sus estructuras y sus fines.

Propone *Ratzinger* como vía de rescate, la devolución a esa unión de su significado originario natural y por tanto moral: “el lenguaje de la naturaleza (dos sexos complementarios entre sí y a un tiempo netamente distintos) es también el lenguaje de la moral (hombre y mujer llamados a destinos igualmente nobles y eternos, pero no por ellos menos diversos)” (1). El significado humano

de la sexualidad explica que lo que primero es una ley o realidad biológica, que permite la conservación de la especie, adquiere forma humana en la unión matrimonial. Hombre y mujer al abrirse mutuamente el uno a la otra, crean conjuntamente el espacio natural en el que puede crecer el ser humano desde su concepción. En cambio, una sexualidad emancipada de la procreación desnaturaliza el significado del matrimonio, se opone a la naturaleza del ser humano (10) porque rompe los vínculos naturales entre el hombre y la mujer de modo que “las fuentes mismas de la vida se ven obstruidas” (8).

En conclusión, el significado antropológico sobre la sexualidad que debería recuperarse consiste en considerar en primer lugar los cuerpos masculino y femenino desde una perspectiva que valore la esencia de la persona. Esto permitiría que desde esa corporalidad brotara – como algo suyo natural- la entrega personal y la acogida al otro como consecuencia de ese específico amor humano. Personalizar la sexualidad – o humanizarla- radica en integrarla en la recíproca donación amorosa entre varón y mujer abierta a la vida. Sin duda, este enfoque propuesto, constituye una idónea estrategia para contrarrestar la alteración que el aborto está produciendo sobre la sexualidad y el matrimonio. Y al mismo tiempo, traza una alternativa expresamente digna con el ser humano, porque permite, dentro de un proyecto responsable y generoso de la fecundidad, acoger cualquier vida naciente aun cuando esta haya aparecido de modo imprevisto, no deseado o con enfermedades.

LA SEGUNDA GRIETA: REPRODUCCIÓN SIN SEXUALIDAD

En el siglo XX y por primera vez en la historia de la humanidad se logra independizar la reproducción de la

sexualidad. La ciencia y la tecnología han hecho posible la generación artificial de la vida humana fuera del cuerpo. Desde 1978, el hombre puede fabricarse a sí mismo: “es capaz de hacer hombres, de producirlos en probeta (...) el hombre se convierte en un producto” (9,7)⁵. Es la apertura a una inimaginable intervención sobre el origen de la vida. La ciencia moderna estrena un imponente poder con el que “se intenta transformar al hombre y manipularlo como se hace con cualquier otra cosa: un simple producto planificado a voluntad” (1). Desde este ámbito se va ir normalizando una alteración lingüística para referirse a la transmisión de la vida humana, pasando de hablar de procreación a reproducción (11)⁶. A partir de este momento el hombre puede ser producido y no procreado.

Pero advierte *Ratzinger* que las cosas o los seres que son fácilmente producidos técnicamente se exponen también, técnicamente, a ser fácilmente destruidos. Lo sometido a mecanismos de producción puede ser destruido, no puede escapar de ese código ambivalente por el que se rigen esos específicos procesos. Y una de las graves dificultades que emergen tras esa tecnificación de la vida humana, es cómo continuar entonces sosteniendo y protegiendo su dignidad. Más bien, la pone en peligro de desaparecer (9). *Ratzinger* registra la formación de un nuevo frente que, sumado al aborto, inflige aún más daño al significado profundo del amor conyugal.

5 *Ratzinger* incluye algunas de estas reflexiones en el conocido diálogo que mantuvo con *Habermas* sobre las bases morales y prepolíticas del Estado (9).

6 El pensamiento bioético de *Ratzinger* sobre la fecundación *in vitro* está esencialmente sintetizado en *El hombre entre la reproducción y la creación*. Conferencia impartida con ocasión del nombramiento como doctor *honoris causa* por la Universidad Católica de Lublin, 23 de octubre de 1988 (11).

Traspasar la última frontera: *comer del árbol de la vida*⁷

El hombre con la ayuda de una ambiciosa ciencia ha descifrado los componentes de su naturaleza biológica. Revelando el secreto del lenguaje de la vida ha ido más allá de lo que imaginaba. Ahora sabe cómo construir hombres, y por tanto, cómo podrían ser seleccionados, manipulados, etc. Y no solo lo sabe teóricamente, sino que lo ha hecho realidad. El hombre por medio de la técnica, - con su *poder hacer*- ha sido nocivamente provocado a olvidar y eludir lo que siempre se había contemplado como un límite infranqueable para la ciencia: “el misterio del ser” (12, 13)⁸ vinculado al origen de la vida humana. Pero esta producción automatizada de la vida “degrada y priva del verdadero esplendor de la creación” (10). Programar su generación en unas condiciones físicas inmovilizadas, excluye la maravillosa libertad de la propia imprevisibilidad que se da en la naturaleza (10,12)⁹. Se rechaza la idea de una intervención de un Creador, ahora suplantado por técnicos: los nuevos artifices y creadores de vida.

7 Génesis 3 22-24: “Después el Señor Dios dijo: «El hombre ha llegado a ser como uno de nosotros en el conocimiento del bien y del mal. No vaya a ser que ahora extienda su mano, **tome también del árbol de la vida, coma y viva para siempre**». Entonces expulsó al hombre del jardín de Edén, para que trabajara la tierra de la que había sido sacado. Y después de expulsar al hombre, puso al oriente del jardín de Edén a los querubines y la llama de la espada zigzagueante, para custodiar el acceso al árbol de la vida”.

8 “¿Cómo va a relacionarse el hombre con el hombre, si ya no puede hallar en el otro nada del misterio divino, sino solamente su propio poder hacer?” (13).

9 “Haciéndose la ilusión de poseerse a sí mismo mediante una libertad absoluta podría realizar el antiguo sueño de autofabricarse, sin dejar nada a lo incierto, al caos, al misterio” (12).

El embrión, resultado efectivo e irreversible de ese procedimiento, se convierte en el producto estrella de la nueva tecnología, una hechura humana. Se contempla como la máxima expresión artística del hombre moderno, su obra maestra, el reflejo sublime del sugestivo control sobre la naturaleza. Crear vida por manos humanas, representa la culminación de la anhelada autonomía depositada en la razón que finalmente permite al “hombre convertir a otros hombres en sus criaturas” (10), pasando de ser imagen de Dios a ser “imagen del hombre” (8). Y *Ratzinger* cuestiona ¿pero de qué hombre es exactamente imagen? (7). El ser humano naturalmente engendrado, fruto de esa íntima y delicada unión entre un hombre y una mujer, ahora: “ya no es don de la naturaleza o del Dios creador; es el producto fabricado por él mismo” (9). Pero insiste *Ratzinger* ¿de qué hombre estamos hablando?: “¿Qué es realmente el hombre, y cuál es su relación con el hombre si es posible hacerlo” (11)¹⁰, manufacturarlo?

La preocupación de *Ratzinger* no puede ser más evidente. Ve en la ciencia idolatrada una capacidad transformativa que pretende “servirse realmente del árbol de la vida... traspasando la última frontera” (10). Ha satisfecho de una vez por todas aquel deseo antiguo que recorre la historia, la presuntuosa ambición de crear vida: “Ha descendido al fondo de la fuente del poder, a las fuentes de su propia existencia. Ahora ya la tentación de construir el hombre perfecto, la tentación de hacer experimentos con el hombre, la tentación de considerar a los hombres como basura y de deshacerse de ellos no es una fantasía de moralistas hostiles al progreso” (9)¹¹.

10 “La relación del hombre consigo mismo cambia radicalmente” (9).

11 “El hombre ha medido las profundidades del ser (...) y ahora es capaz de construir por sí mismo al hombre.” (7)

A partir de entonces, la técnica va ofrecer las herramientas para complacer los múltiples deseos reproductivos que brinda la inaugurada posibilidad de “procrear a capricho” (1). De este modo, la vida humana queda clasificada como mero material biológico, resultado de un proceso fisiológico y rendida al servicio de una puntera y eficaz maquinaria. La racionalidad técnica – así piensan- está preparada para sustituir esas combinaciones informativas a las que han reducido al hombre (11)¹².

Huxley y Un Mundo feliz: la utopía del vitro y sus desvaríos

Las grandes obras de la literatura han servido de escenario para representar en ellas las ideas de moda del pensamiento y de la ciencia. A través de la ficción, muchos pensadores han logrado traducir sus lenguajes ideológicos, plasmándolos en relatos inteligibles y atractivos para el gran público. El caso de la obra de *Aldous Huxley* es uno de ellos. Su conocida obra *Un Mundo feliz* (1932) profetizó de modo sugestivo el deseo utópico y prometeico de generar humanos en laboratorio. *Huxley* creció y se educó en un ambiente familiar marcadamente científico. En él tuvo una marcada influencia la literatura fantástica decimonónica. Obras como el *Fausto de Goethe* (1832), *Frankenstein o el moderno Prometeo* (1818) de Mary Shelley, *La Mandrágora* (1911) de Hans Heinz Ewers, *El Golem* (1915), de Gustav Meyrink, *La isla del Doctor Moreau* (1896) de H. G. Wells..., todas ellas encarnaron fabulosamente historias de terror sobre la posibilidad de manipular lo germinal de la vida para crear otros humanos. Los famosos finales de estas novelas no pudieron ser más infaustos: monstruos desgraciados, engendros infelices que acabaron revolviéndose contra

12 “Es la lógica de la planificación”. (11)

sus propios creadores, juzgados por la historia como los verdaderos monstruos. Un siglo después de estos relatos, la mera fantasía literaria es ya una pretensión real y se ve con buenos ojos la intervención en lo germinal de la vida humana como otro reto de la ciencia.

Para *Ratzinger*, el *Gran Ford de Huxley* (1932) y el *Fausto de Goethe* (1832) representan gráficamente dos modos de expresar el perverso dominio de la ciencia sobre el hombre y la naturaleza. Describen un poder paradigmático que aspira a traspasar aún más los límites del bien y del mal, que ostenta a posicionarse por encima de la creación y de su Creador. En definitiva, desvelan un afán desesperado por escapar de la mortalidad para liberarse por fin de todo lo finito que ata a la tierra.

Comenta *Ratzinger* que ya viene de antiguo el deseo de poder crear al hombre, *el homunculus*, idea presente en la noción judaica del *Golem* formulada en torno al año 500 después de Cristo. En el libro *Jezirá, El Golem o homunculus* una vez engendrado sentenciará: “(...) para crear hace falta poder, pero el poder está en manos de quienes pueden producir hombres; con él han sustituido a Dios que ha desaparecido del campo visual del hombre” (11).

En el doctor *Fausto* de Goethe, el fámulo *Wagner*, encarnará el afán positivista de la ciencia de querer desafiar a las leyes de la naturaleza y alzarse con el poder de producir. Por la sublimidad y la nobleza del hombre desean esquivar la vulgaridad de ser engendrado del mismo modo que el resto de animales (11). La aspiración humana pretende superar esa anticuada y tosqueda generativa de la naturaleza, una naturaleza desmitificada que ya no alberga más secretos. Ahora, lo racional y excelso para el hombre, es crear un nuevo

espacio – *el vitro*-, un selecto y pequeño palacio cristallino – escondido del silvestre universo- donde el nuevo hombre – *el homunculus*- pueda ser producido con esplendor e incluso vivir. Pero al final, vaticina *Goethe* que ese cristal o muro de lo artificial estallará en mil pedazos. El que es producido y reducido al cristal – *el homunculus*- termina escapándose, huye a la realidad queriendo volver a la naturaleza: “regresa flameante a los elementos, al himno del universo, a su poder creador, al eros origen de todo” (11). Es la rebelión de la propia naturaleza que juzga esa avidez humana, hinchada de arrogancia por pretender sustituir el nacimiento natural por la fabricación (11).

A la obra distópica de Huxley, *Un Mundo Feliz* (1932), es a la que más comentarios dedicará *Ratzinger* en sus escritos. Destaca con asombro cómo las predicciones huxelianas se han ido paulatinamente cumpliendo en nuestro días: “Las visiones de Huxley se hacen realidad decididamente: no se debe engendrar al ser humano irracionalmente, sino producirlo racionalmente” (9). Recuerda como, en la nueva sociedad de *Fordmanía*, ya solo cabía nacer *in vitro*, una crianza artificial en masa. A partir de ahora, todos los niños proceden de reproducciones artificiales en laboratorios. Definitivamente, la sexualidad se había desvinculado de la reproducción. De hecho, los pocos supervivientes procreados naturalmente en matrimonios, quedaban reclusos en reservas valladas donde podían ser visitados por los *in vitro*, y contemplados con estupor como atracciones turísticas. Además, en *Fordmanía* reinaba la liberación sexual sin compromisos, sin fidelidad. Un tipo de amor sin familia en el que la sexualidad estaba independizada de cualquier vínculo personal (11) que pudiera causar dependencias afectivas y sufrimientos.

Por otra parte, la futurible – hoy ya posible- neotecnología, permitía planificar sus nacimientos, seleccionarlos genéticamente para a posteriori dividirlos en castas sociales con funciones y papeles distintos (2, 11).

Las caricaturas huxelianas de *Un Mundo Feliz* advierten del futuro amenazador que supondría franquear lo que para la humanidad siempre ha resultado blindado, es decir: acceder al código genético del hombre y manipularlo, seleccionando humanos en función de exigencias arbitrarias fijadas por unos cuantos poderosos. Y se atreve *Ratzinger* a vaticinar con un halo de misterio que “Dios se opondrá al último desafuero, a la última autodestrucción impía de la persona. Se opondrá a la cría de esclavos que denigra al ser humano” (10). Una fuerza superior, la sabia Naturaleza o la misma humanidad se rebelarán contra la clonación de humanos en serie para trabajos forzados, que supondría el retorno a la mísera esclavitud pero ahora programada y producida en masa. Como sus fundadores manifestaron, las actuales técnicas reproductivas fueron concebidas inicialmente como una alternativa al problema puntual de la esterilidad. Pero la realidad es que se han convertido en un supermercado de ofertas inimaginables, que no han hecho sino acrecentar la desprotección de la vida humana. A parte de aumentar cada año el número de seres humanos venidos al mundo por esta técnica, cada vez son más los que solicitan una selección de embriones sanos genéticamente, una selección del sexo, o la discriminación de aquellos anómalos o portadores de enfermedades (9). Se sabe que en no pocos casos, la implantación intrauterina de varios embriones produce embarazos múltiples que acaban en abortos o eufemísticamente en reducciones embrionarias. Se cuentan por miles los embriones congelados condenados a un destino incierto en muchos casos la muerte. Algunos pocos países, ya han legalizado la maternidad

subrogada, convirtiéndose en paraísos reproductivos en donde la mujer – de baja renta y necesitada- queda indignamente instrumentalizada. Por último, es ya una realidad la producción de embriones usados con fines de investigación o con objetivos terapéuticos (5): “embriones convertidos en conejillos de Indias para la experimentación o en fuente de materia prima para curar enfermedades” (4, 13).

A la luz de este panorama, no cabe ocultar la extensión de una banalización de la procreación humana. La innovación de esta seductora espiral ha dado paso a una pendiente resbaladiza amplificadora de los desórdenes éticos sobre la vida y la dignidad. La tecnología *in vitro* deja opaca a la inteligencia al cegarla e impedirle ver la totalidad de la realidad humana que supone la procreación. Contempla la vida – su origen- como un conjunto de acontecimientos fragmentados independientes entre sí, que puedo diseccionar y aislar eficazmente. A la vez, enaltece emotivamente el logro técnico: un hijo, rebajando la gravedad que supone este “montaje del ser humano” (10), que le priva de la dignidad exigida por su procreación.

Pero cabe indicar a modo anecdótico, que ni el cine ni la literatura jamás se han atrevido a exaltar artísticamente las bondades o bellezas de este modo de nacer artificial. Al contrario, cómo se ha comprobado – no solo en el XIX, sino también en el siglo XX- la gran mayoría de sus representaciones artísticas han mostrado el temor y la amenaza que supone esta manipulación de la naturaleza humana. Por eso, se interroga *Ratzinger* si: “¿es casual la ausencia hasta el momento de una visión poética positiva de un futuro en que el hombre es reproducido *in vitro*?” (11). No puede ser casual, porque no cabe lo

poético – el lenguaje humano más sublime- para describir la vulneración de la dignidad humana.

Según *Ratzinger* hemos topado con el rostro más inhumano de una ciencia sin límites éticos, una alternativa errónea en el modo de funcionar científico. De ahí que inste a trabajar a fondo desde la ciencia y desde otros ámbitos para reformular sus principios (10, 11)¹³ que protejan a la humanidad actual y futura.

El amor conyugal como fusión cromosómica: banalizar lo procreativo

El origen artificial de la vida conlleva una separación real entre reproducción y sexualidad, entre lo procreativo y unitivo de la unión sexual. Tal escisión deja a la vista otra grieta más sobre la naturaleza humana y la dignidad: la anulación de la esencialidad del amor entre un hombre y una mujer. Desde esta clave conceptual aborda *Ratzinger* el segundo gran problema encerrado en la reproducción *in vitro*.

Si se puede reproducir en el laboratorio el proceso natural de la fecundación que se da en la unión sexual, si es posible unir físicamente en el exterior las informaciones genéticas que generan un nuevo individuo de la especie humana ¿qué valor tendría o a qué quedaría reducido el acontecimiento íntimo de la donación amorosa entre un hombre y una mujer? Generar un hijo solo exigiría

juntar mecánicamente las dos células biológicas germinales, siendo independiente el ubi donde se efectúe la fusión. Entonces, ¿hasta qué punto sería necesaria la conexión simultánea de esas dos personas entre sí, es decir, la misma unión conyugal?

Algunos defienden que si el origen de la vida no fuera más que el resultado de un proceso biológico, la fecundación *in vitro* no tendría por qué plantear problemas. De hecho, -aseguran- al final se obtiene exactamente lo mismo que en la unión sexual corporal: un ser humano, “un individuo único, irreplicable, singular” (11). Si la entrega amorosa entre un varón y una mujer se pasa a contemplar desde su función meramente reproductiva, e incluso, si tal unión hubiese sido intencionadamente buscada con el fin exclusivo de tener un hijo ¿qué conflicto ético plantearía aislar artificialmente esa misma función cuando hay una equivalencia tanto con el fin deseado como con el resultado obtenido e incluso si además podría resolver los problemas de infertilidad?

Ante tales justificaciones, y la eficacia resolutoria de la reproducción artificial, *Ratzinger*, en primera instancia, aclara críticamente que se trata de una negación del significado profundo del amor humano (11)¹⁴. La reducción del amor humano a una simple función biológica acaba como consecuencia biologizando también el origen mismo del hijo, el cual no dejaría de ser más que el resultado de “la repetición de informaciones invariantes” (11) que se han cruzado. Vendría a ser el efecto de la pura mecánica, el desenlace de un proceso que no ha requerido más necesidad natural que la fusión gametal. Por tanto, si

13 “Una nueva síntesis de ciencia y sabiduría, en la que ni la pregunta por lo singular desplaza a la contemplación de todo, ni la preocupación por la totalidad suprime la solicitud por lo particular. Esta síntesis es el gran reto intelectual de nuestros días. En ella se decidirá el problema de si existe un futuro para la humanidad digno del hombre. O si vamos directamente hacia el caos y la autodestrucción del hombre y la creación” (10)

14 “¿Es legítimo definir la entrega recíproca del hombre y la mujer como mero fenómeno natural? ¿es la donación espiritual de ambos exclusivamente una manifestación de la astucia de la naturaleza, que los engaña haciéndoles creer que obran como personas en vez de como individuos de una especie? (11)

la unión sexual no es más que eso, - pura fisiología- los promotores de tal visión no vislumbran gravedad alguna en separar fácticamente el proceso natural de la unión sexual. Pero en cambio, como objeta *Ratzinger*: “¿No existe una necesidad más alta para la unión de ambos, una necesidad ética? ¿No son inseparables lo personal y lo biológico en una dimensión más profunda?” (11).

Entrando en honduras, lo que sucede – como algunos pretenden- no es una simple sustitución de la procreación por la reproducción racional de un laboratorio. No se trata sin más de un cambio imperceptible e inconsecuente del escenario físico donde ocurre un acontecimiento vital. Es mucho más grave porque se está operando una transformación ideológica de lo que es el hombre y el mundo, una manipulación de las nociones del amor humano, de lo que es ser padre, madre, hijo. Y esta gravedad escapa a la lógica superficial de esa sugestiva técnica que obnubila la mente con la felicidad del resultado deseado: el hijo.

Por la dignidad moral que ostenta el hombre, y por el fin superior al que está destinado, su venida a la existencia no puede equipararse a la de otros seres vivos: “si no que ha de verse como una novedad absoluta irreductible a pura reproducción” (11). Cada ser humano es un nuevo comienzo, una nueva historia que empieza a escribirse, algo radicalmente distinto al origen de cualquier otro ser vivo. Su irrepitibilidad no la aporta exclusivamente su identidad genética singular como resultado del mecanismo reproductivo compartido con otras especies. Porque cada nuevo individuo humano “trasciende las combinaciones existentes” (11) de la información biológica, supera lo fisiológico. Por eso, la procreación humana no es un ajuste de necesidades, se mueve en un rango muy superior al instintivo. “El transporte de cromoso-

mas que genera la vida humana no se puede realizar de cualquier modo” (11). Su origen está atravesado por la libertad y responsabilidad personal que se expresa en la unión libre, inteligente y amorosa entre un hombre y una mujer. Y una creación así, que causa personas como fruto de ese trance íntimo y personal, debe ser digna. Por tanto exige “un procedimiento honorable para ello” (11)¹⁵ que los dignifique, y ese no puede ser otro que “la transmisión de la vida en el matrimonio” (5).

Por todo lo dicho, la fecundación *in vitro* aunque logre el bien de la existencia de un hijo, lo hace a costa banalizar el amor pro-creativo, trivializando la sublimidad inmersa en el amor humano que excede al propio hombre. Nunca ese modo de desear un hijo, eligiendo tal técnica, logrará asegurar la dignidad que pertenece al origen de la vida y a la propia persona. Impide la novedad de ese acto libre humano, que es inclusivo de todas las dimensiones de la persona. El aparataje del laboratorio vacía la trascendencia del origen de la vida, lo deshumaniza porque además lo programa. La separación de las partes traiciona algo que es “constitutivamente esencial de la peculiaridad del ser llamado hombre” (11)¹⁶.

Solo en la donación amorosa, en la que el ser humano brinda al otro el regalo de su propio ser, hace superar la lógica natural de la reproducción, superarla que no negarla, porque acoge lo corporal, lo biológico y lo

15 “El ser humano no puede ser producido, solo puede ser engendrado. Y por eso la protección de la particular dignidad de la comunión entre varón y mujer – en la que se funda el futuro de la humanidad-debe incluirse entre las constantes éticas de toda sociedad humana” (9)

16 “Desmitifica el acontecimiento personal en que consiste la unión entre un hombre y una mujer, lo acusa de ser una divinización ficticia de la naturaleza” (11)

mecánico de la acción y lo abre a una dimensión nueva – una dimensión moral -que no niega esa esencialidad de la naturaleza humana (11). Pero si esa naturaleza solo fueran “números y letras que funcionan bien por casualidad” (11), entonces resultaría un realidad no humana, despojada de su intrínseco mensaje moral. Y bajo esta realidad, reproducible en laboratorio, los criterios para protegerla, manipularla, congelarla... caerían en el simple arbitrio o la preferencia.

En definitiva, en la fecundación *in vitro* se repite la cantinela antimetafísica que viene expandiéndose en el ámbito científico: no hay más remedio que negar la realidad humana si se quiere intervenir sobre ella y cosificarla. En este caso, hay que obligar a la realidad a que niegue lo personal inscrito en la unión sexual que trasciende lo biológico. Con esa violenta manipulación sobre la naturaleza se pretende que esta diga que tal unión no se trata más que de una bella apariencia eclipsada por un mecanismo del todo natural. Pero lo verdadero, es que sólo en el encuentro amoroso puede tener lugar dignamente la creación de los hombres (11), sólo ahí el nacido puede asegurar que ha sido engendrado por un amor incondicional que lo dignifica como ser humano.

Los nacidos *in vitro*: seres humanos dignos

Resalta *Ratzinger* la grave lesión en la dignidad humana que supone exigir a la ciencia un hijo como un derecho que ha de ser concedido a toda costa a unos padres. En ese caso, la fecundación *in vitro* no tiene más remedio que convertir al hijo en “mera propiedad” (10), en un tipo de objeto que adquiero cuando quiero y cómo quiero, sometiéndolo a una dinámica mercantil. Al final, el hijo es considerado bueno que exista por el único motivo de haber sido deseado y haber logrado satisfacer

tal deseo paterno¹⁷. Es la autoafirmación de los padres que contemplan pasiva e inofensivamente que su hijo sea fabricado de ese modo.

En cualquier caso, el dato público y cuyo conocimiento no deja indiferente, es que a día de hoy se cuentan por millones los hombres que han venido al mundo de ese modo artificial. Y ante este hecho irrefutable, sostiene *Ratzinger* con rotundidad que ninguno de esos seres humanos podrá ser nunca estigmatizado por el modo en cómo ha sido originado: “Sea quien fuere el que haya llegado de esa forma a la vida, es una persona y hemos de amarla y reconocerla como tal” (10). Por tanto, no puede haber rechazo, porque esas vidas humanas concebidas en probeta albergan aun así “el misterio de la humanidad” (10). Requieren ser acogidos con respeto y amor, porque aunque generados artificialmente – y sin ocultar los daños que eso ha supuesto¹⁸- se reconoce en ellos la existencia humana y una dignidad que no puede ser más que reconocida y respetada. Ellos también llevan inscrita la sagrada imagen divina. Una imagen cuyo esplendor y reflejo es muy superior a aquella que los nuevos dioses – los tecnólogos reproductivos- han dejado impresa también sobre ellos. Porque el origen de la vida humana, la causa final de una persona, constituye un acontecimiento cósmico tan trascendente que siempre escapará al diseño cristalino inventado por los hombres.

17 “Separando el origen de una nueva vida del acto conyugal, la procreación artificial tiende a considerar al niño simplemente como una respuesta al deseo de la pareja”(12)

18 En los últimos años se han publicados varios trabajos científicos que describen los daños en la salud generados en niños nacidos *in vitro*. Se trata de defectos genéticos del cromosoma y/o mutaciones epigenéticas. (15, 16)

REFERENCIAS

1. Ratzinger J, Messori V. *Informe sobre la fe*. 3ª ed. Madrid: BAC popular, 1985. pp. 93, 103-104, 106.
2. Ratzinger J. *La Sal de la tierra*. 4ª ed. Madrid: Palabra, 2005. pp. 217-221.
3. Ratzinger J. *Fe, verdad y tolerancia*. Ediciones Sígueme. Salamanca. 2005. pp.210-213.
4. Ratzinger J. *El Elogio de la Conciencia*. Ediciones Palabra. 2010. pp. 40-49.
5. Ratzinger J. Introducción a la Instrucción *Donum Vitae. Sobre el respeto de la vida humana naciente y la dignidad de la procreación*. Roma: Editrice vaticana. Roma, 1987. pto 3.
6. Ratzinger J. *Ser cristiano en la era neopagana*. Ediciones Encuentro, Madrid 1995, pp. 120-123.
7. Ratzinger J. La última conferencia de Ratzinger: Europa en la crisis de las culturas. [Visitado 2013 mayo 15]. Disponible en: <http://www.zenit.org/article-15746?l=spanish>
8. Ratzinger, J. *El cristiano en la crisis de Europa*. Madrid: Cristiandad, 2005. pp.24, 53-68, 87.
9. Ratzinger, J. *Europa, raíces, identidad y misión*. Madrid: Editorial Ciudad Nueva, 2005. pp. 41-94.
10. Ratzinger, J. *Dios y el Mundo*. Barcelona: Galaxia Gutenberg. Círculo de lectores, 2005. pp. 126-129, 166.
11. VV.AA. *Bioética, consideraciones filosófico-teológicas sobre un tema actual*. Madrid: Rialp 1992. pp. 49-66.
12. Ratzinger, J. *La Bioética en la perspectiva cristiana*. Roma: Dolentium Hominum 18, 1991.pp.11-14.
13. Ratzinger, J. *Introducción al cristianismo*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2001.p.22.
14. Guardini, R., *I diritti del nascituru*. Studi cattolici, mayo-junio, 197. pp.120-121.
15. Ewka C.M. Nelissen, Aafke P.A. Van Montfoort, Luc J.M. Smits, Paul P.C.A. Menheere, Johannes L.H. EversI, Edith Coonen, Josien G. Derhaag, Louis L. Peeters, Audrey B. Coumans, and John C.M. Dumoulin. "IVF culture medium affects human intrauterine growth as early as the second trimester of pregnancy". *Human Reproduction*, Vol.0, No.0 pp. 1-8, 2013.
16. López Moratalla, N., Huera Zepeda, A., Bueno López, D., "Riesgos para la salud de los nacidos por las técnicas de fecundación asistida. La punta de un iceberg". *Rev. Cuadernos de Bioética*, nº 78. Vol.XXIII, 2ª, 2012, pp.467-529.

